

SEIS IMÁGENES DE LA INDIA

Oscar Pujol¹

India, al igual que China, forma parte del imaginario colectivo de la civilización occidental. No es solo un ámbito geográfico, histórico o cultural, sino que las memorias de la India están inscritas en el baúl de los recuerdos occidentales. Por eso, en los umbrales del siglo XXI convendrá sacar el polvo a este baúl y despejar las telarañas de la costumbre que tejen imágenes heredadas sobre una realidad siempre cambiante.

Desde la antigüedad griega India ocupa un lugar en el seno de la cultura occidental y ha servido como contraste para la construcción de Occidente. India nunca ha sido para Occidente el Otro Inmediato, el vecino extraño, el enemigo agazapado tras la frontera, sino el Otro Remoto que ocupa un lugar demasiado lejano y por lo tanto siempre abierto a la tergiversación de la fantasía. Es interesante constatar que la India era para los antiguos occidentales un lugar de riquezas fabulosas y de religiones extrañas. El misticismo y la opulencia eran dos conceptos claves para definir la India en el mundo occidental antiguo.

El Occidente moderno, especialmente a partir del siglo XIX, cambió la opulencia por la pobreza y dejó intacta la idea del misticismo. Misticismo y miseria se convirtieron así, especialmente a lo largo del siglo XX, en dos de las etiquetas más utilizadas cuando se hablaba del gran continente indostánico. El etiquetado no podía, sin embargo, ser más desafortunado, sobretodo si tenemos en cuenta que lo que los antiguos entendían por misticismo era algo muy distinto de la percepción moderna del mismo. Para los antiguos el misticismo era una forma de sabiduría, una forma de liberarse de las condiciones impuestas por las necesidades físicas, una apertura, en suma, a una dimensión más amplia. Para una buena parte del mundo moderno, en cambio, el misticismo o la espiritualidad serían en el mejor de los casos una huida de la realidad, un derivado virtual del opio que ayuda a dormir el sueño de los necios y en el peor de los casos, un instrumento de dominación en manos de las clases privilegiadas.

La imagen resultante no podía ser por lo tanto más aterradora: la India es pobre porque es religiosa o espiritual y porque favorece una visión jerárquica del mundo para mantener a sus masas constantemente oprimidas. Finalmente cuando estas masas se rebelan la violencia contenida estalla en un millón de motines, para utilizar la famosa frase del escritor de origen indio: V.S. Naipaul.

Por otro lado, sigue habiendo mucha gente que continua teniendo la imagen romántica de una India poblada de Maharajas, elefantes, encantadores de serpientes, sabios medio desnudos que se alimentan exclusivamente de aire, yoguis con la cabeza al suelo y los pies al aire, tañedores de sitar con los ojos semicerrados en musical éxtasis, pavo reales que danzan en los mármoles irisados de jardines mogoles y para acabar de aderezar un plato tan exótico la

1 Director de l'Institut Cervantes Nova Delhi

guinda del pueblo indio como una masa apacible y sonriente, adoradora de la no-violencia, que todo lo arregla con un pacífico namaste y una ofrenda a los dioses.

No es pues de extrañar que la gente que piense así no consiga acoplar la imagen de una India moderna, de una nueva potencia emergente tanto en lo económico como en lo político-militar, con la imagen de una India ancestral entregada a la sabiduría milenaria.

Por otro lado, a principios del siglo XXI el mundo mediático nos ofrece también una nueva visión que está emergiendo con fuerza y que quizás obligue a cambiar algunas de las dicotomías con que Occidente ha acostumbrado a pensar el mundo. Por ejemplo las dicotomías entre tradición y modernidad, entre ciencia y religión, entre espiritualidad y materialismo, para nombrar sólo unas cuantas. Esta nueva visión nos ofrece la imagen de una India moderna poblada por jóvenes ejecutivos de las pujantes compañías indias; una India habitada por los programadores de informática que viven en Bangalore, el llamado Silicon Valley de Asia, por las estrellas rutilantes de Bollywood con su estilo de vida opulento y escandaloso, por un ejército de licenciados dispuestos a conquistar el primer mundo con su conocimiento especializado. Al mismo tiempo los santos tradicionales de la antigua India parecen persistir en la figura de personas como Amritanandamayi Ma y en las grandes aglomeraciones de la Kumba Mela. ¿Es posible para un país enviar satélites al espacio y conservar al mismo tiempo la sabiduría ancestral del espíritu? Occidente ha construido la modernidad negando su propia tradición. ¿Podrá la India adaptarse a los retos del siglo XXI sin por ello dar la espalda a su propia cultura tradicional? No es una pregunta fácil de contestar, pero el ejemplo indio quizás sirva para entender que lo sagrado y lo secular no son mutuamente excluyentes y que no se puede construir la modernidad más innovadora sin tener al mismo tiempo los pies fuertemente enraizados en el suelo de la propia cultura. ¿Son religión y ciencia realidades mutuamente excluyentes o quizás operen en terrenos distintos de la experiencia humana?

En primer lugar podríamos hablar de la secularidad intrínseca de la India. La India no es un país de idealistas contemplativos, incapaces de actuar eficientemente o de pensar analíticamente, aunque haya todavía gente en Occidente que siga albergando esta idea. Ciertamente la India siente una debilidad especial por la religión, pero entiende la religión no exclusivamente como un dogma, sino también como una búsqueda. El objetivo de la religión en la India no es la solamente la virtud o la salvación, sino también el conocimiento y la liberación. Lo religioso no es tan sólo una obsesión ultramundana que frustra nuestra plenitud existencial aquí en la Tierra, sino la respuesta efectiva al problema del dolor, ya que es capaz de dar un sentido final a la tragedia de la muerte. La religión puede transmutar el sufrimiento en comprensión y es capaz de elevar el placer mundano, efímero y relativo interpretándolo como un signo del gozo divino, que no es sino otro nombre para lo que algunos llaman “la alegría de vivir”.

Históricamente es en el siglo XIX cuando la imagen clásica de espiritualidad y riqueza se bifurca en dos direcciones del todo opuestas. En el siglo XIX la admiración que Occidente había sentido por la India remota parece

desvanecerse debido a los cambios que se suceden dentro de la propia cultura occidental. La idea de progreso, la revolución industrial, la teoría de la evolución, la eclosión del pensamiento y de la visión científica, la emergencia de la democracia y el sufragio universal, el individualismo, el positivismo, el marxismo, etc., configuran una visión de la realidad que no parece encontrar su contrapartida en la India, que se ha convertido ella misma en un sujeto colonial y en un ejemplo de una civilización atrasada o hundida en el cenagal de la tradición. No es pues de extrañar que se produjese la doble sustitución mencionada más arriba y que el misticismo y la pobreza acabaran siendo las dos caras de una misma moneda.

Pero el siglo XIX no es sólo el siglo del positivismo, sino también el siglo del romanticismo. Paralelamente a la actitud dominante, hay un grupo de estudiosos occidentales, los denominados orientalistas, que construyen una imagen de la India totalmente opuesta a la anterior. Se trata, una vez más, de la India espiritual, ya conocida por los griegos, pero basada ahora en la lectura de los textos clásicos, una India alejada de la realidad cotidiana donde todo tiene un valor simbólico y metafísico. El romanticismo alemán fue el principal agente en la construcción de esta otra India, hasta llegar a establecer una dicotomía entre la Europa materialista, decadente y perversa y la reserva espiritual de la India. La India se convierte entonces en un refugio para los occidentales cansados de su propio sistema de vida, un oasis en un mundo despiadado y competitivo. Si en el siglo XIX esta actitud estaba reservada a cierto sector de las elites intelectuales de Occidente, a partir de la Segunda Guerra Mundial se populariza entre las nuevas clases medias de Estados Unidos y Europa. El movimiento hippy de los años sesenta es el heredero principal de esta actitud hacia la India, todavía vigente y tan reductora como la visión negativa que hemos mencionado antes. Es esta visión romántica y estrecha de la India la que explica la contradicción que algunos amantes de este país sienten al visitar por primera vez el país de sus sueños. ¿Cómo es posible, se preguntan a menudo, que la India de los yoguis, de la sabiduría, de la paz interior y de la armonía universal se encuentre reflejada en la avaricia, la corrupción y la dureza que a veces se hace patente en la vida contemporánea?

En estas líneas proponemos desempolvar de prejuicios el desván de los recuerdos y mostrar cuales son las distintas imágenes que Occidente ha ido fabricando a lo largo de los siglos. Como he dicho las dos imágenes más consistentes en la antigüedad eran la de una India espiritual y una India próspera. Hasta bien entrado el siglo XVIII la imagen de las fabulosas riquezas de los mogoles indios seguía fascinando la imaginación europea. A partir del XIX la idea de opulencia es sustituida por el de pobreza. Hemos de tener en cuenta que la Revolución Industrial va a cambiar irremisiblemente el concepto de pobreza y desarrollo, y que por otro lado el expolio colonial influirá enormemente en la producción y la distribución de riqueza en la India del siglo XX. Pero más allá de estas tres imágenes que hemos barajado a lo largo de las páginas anteriores, hay tres imágenes más de la India que son propias de Occidente y que tienen hoy en día una importancia capital para entender ese gran país.

Resumiendo podríamos decir, sin ánimo de ser exhaustivos ni de agotar todas las representaciones posibles, que las seis imágenes de la India en orden cronológico son las siguientes:

1. La India espiritual
2. La India exótica
3. La India opulenta
4. La India comerciante
5. La India del conocimiento
6. La India de la pobreza

Las tres primeras nos vienen dadas ya a partir del mundo griego. La cuarta se hace realidad en la época romana, cuando el comercio entre la India y el Mediterráneo adquiere unas dimensiones que quizás no se vuelven a repetir hasta la llegada del mundo moderno. La cuarta de estas imágenes fue introducida en Occidente gracias al Islam de la Península Ibérica que hizo de puente entre el saber indio y el europeo. La última de las imágenes como hemos mencionado tiene sus orígenes en el siglo XIX. Examinaremos históricamente estas imágenes en la próxima entrega de este artículo.

Los primeros contactos entre el mundo griego y el mundo indio se hicieron a través del imperio persa. Según las fuentes literarias del mundo clásico el primer griego que realizó el viaje a la India fue Scylax de Carianda, enviado por Darío I a explorar el Valle del Indo que señalaba el límite del Imperio Persa. Los primeros relatos griegos anteceden pues al viaje de Alejandro. Cabe mencionar aquí el libro séptimo de la Historia de Herodoto y los relatos de Ctesias. Posteriormente tras la toma de contacto entre el mundo helénico y el mundo griego gracias al viaje de Alejandro un caudal de información sobre la India penetra en el mundo clásico. Autores como Megástenes, Estrabón, Arriano, Plinio para mencionar los más conocidos fueron conformando una imagen fabulosa de la India que perduró en la mentalidad occidental prácticamente hasta el Renacimiento.

En primer lugar cabe mencionar el exotismo de estas descripciones que presentan la India como un lugar de gentes y seres fabulosos. Criaturas con caras de perro o con orejas como capas, las famosas hormigas gigantes que excavaban las arenas del desierto para extraer oro, árboles que dan lana de una calidad superior a la de las ovejas (la planta del algodón), manantiales de miel y de vino, hombres sin boca o con ocho dedos en la mano, etc. Como hemos dicho anteriormente el Otro lejano es un espacio abierto a la tergiversación, un topos mitológico en donde el deseo y el miedo dan alas a la imaginación. Diversos factores contribuyen a alimentar el exotismo de estas narraciones. La extrañeza, sin duda alguna, al encontrar un mundo en donde se descubren cosas nunca vistas, como puede ser la planta de algodón o la caña de azúcar. Las propias narraciones mitológicas de los indios también contribuyeron al exotismo de las narraciones griegas, ya que podemos rastrear algunas de estas criaturas fabulosas en la misma literatura sánscrita. Finalmente la tendencia ya mencionada a construir lo lejano como un lugar en donde se pueden materializar los deseos y los miedos que no afloran en la vida cotidiana. Incluso hoy en día es difícil para un occidental hablar de la India sin caer en una forma u otra de exotismo: los relatos tremendistas de ciudades

como Benarés, las historias de Maharajas y princesas, las hazañas espirituales de yoguis capaces de vivir solo de aire, siguen atrayendo a la mentalidad occidental.

Pero junto con el elemento del exotismo, la antigüedad clásica trenzó también el tópico de una India opulenta, insinuado ya en el relato de las hormigas, y explícitamente enunciado por Herodoto al afirmar que es en las zonas más remotas de la tierra en donde se concentran los recursos naturales más valiosos. La India fue en cierto modo una versión temprana del El Dorado para Occidente. También aparecen en el mundo antiguo las primera noticias sobre la riqueza fabulosa de las cortes indias. Imagen que, como hemos mencionado anteriormente, pervivirá hasta el siglo XVIII en las descripciones del mundo de los mogoles.

Sin embargo, fue quizás la descripción de los sabios desnudos de la India, los gimnosofistas, portadores de una sabiduría capaz de conjurar los extremos del frío y el calor, del hambre y la sed, lo que más fascinó a los antiguos griegos. En el gimnosofista indio los griegos encontraron la contrapartida del ciudadano convencional sujeto en los límites estrechos y artificiales de las leyes de la polis. Cínicos, estoicos y pitagóricos perseguían ideales similares a los de los sabios indios y es posible que en las descripciones de los gimnosofistas los griegos proyectasen su propia imagen del sabio, mezclando aspectos reales con imaginarios. En todo caso, la imagen del sabio desnudo que ingiere sólo granos y se abstiene de comer seres vivos cautivaría la mentalidad occidental que podemos llamar “romántica” y que ha convivido a lo largo de la historia de Occidente con una actitud más realista y racional. El mítico encuentro entre Alejandro y los gimnosofistas se convirtió en una saga literaria, el romance de Alejandro, que fue muy popular en la antigüedad y la Edad Media. Estos romances gustaban en mostrar como el Emperador del Mundo, el gran Alejandro, se inclinaba ante el poder del asceta que se ha conquistado a sí mismo. ¿De qué le sirve a un hombre conquistar el mundo si no es capaz de dominarse a sí mismo? Por lo tanto la imagen de una India espiritual que busca la liberación del hombre de las ataduras de la sociedad humana muestra una increíble pervivencia en el imaginario de Occidente. En cierta manera los jóvenes occidentales que en los años sesenta abandonaban el confort de sus hogares para emprender el viaje de la India buscaban, al igual que los griegos 2.000 años antes, a los exóticos gimnosofistas de la India. Lo que no deja de sorprender es que 2000 años más tarde siguiesen encontrándolos. Una frase de F. Sánchez Dragó en su novela El Camino del Corazón resume muy bien esta tendencia a buscar en la India una especie de contrapeso espiritual al materialismo de Occidente: “Un hombre decide emprender un largo viaje a Oriente para encontrar allí la sabiduría, la embriaguez, la espiritualidad que Occidente le niega”.

En los primeros siglos antes de la era cristiana el mundo se encuentra en un estado de notable efervescencia. Aunque no podamos hablar literalmente de globalización, al faltar el continente americano y el Pacífico, entre Europa, Asia y África se abren una serie de rutas comerciales que permitirán un intercambio de mercancías que se extenderá desde el Mediterráneo hasta China pasando por Asia Central y el Sudeste Asiático. A lo largo de varios siglos una potencia

expansiva será el motor de este intercambio comercial: la civilización romana con su voraz apetito de especias, sedas, fieras exóticas y otros productos del lejano Oriente. Geográficamente India ocupa una posición privilegiada para el comercio entre Roma y Oriente. No sólo puede vender sus propias mercancías, sino que actúa además como intermediaria entre Roma y China. Plinio se lamentaba de las grandes sumas de dinero que Roma gastaba en su comercio con Oriente. Los romanos tenían emporios en el sur de la India y había comunidades de comerciantes indios en ciudades tan al Occidente como Alejandría. La imagen del indio comerciante, aunque no haya cautivado tanto la imaginación, penetra también gradualmente en Occidente.

La imagen siguiente que Europa construirá de la India se articula ya a partir del siglo X gracias a la presencia del Islam en la península ibérica. Las ciencias indias llegaron a Occidente a través de al-Andalus. El mundo islámico se interpuso entre Oriente y Occidente y actuó como canal transmisor de la sabiduría oriental. Autores como al-Juwarizmi (matemáticas), Avicena (medicina), al-Fargani (astronomía) y especialmente la labor de la escuela de los Traductores de Toledo iba a hacer accesible para Occidente una ciencia de origen indio filtrada a través de los textos musulmanes. Parece ser que los primeros numerales arábigos, en realidad indios, que hayan sido escritos en Europa se encuentran registrados en el código d.l.2 de El Escorial. La escuela de traductores de Toledo hizo accesibles para la Europa cristiana en versiones latinas las obras fundamentales de la ciencia helénica e india. Autores musulmanes como el almeriense Ibn Said, conocido también como Said al-Andalusi, en su historia de la ciencia en el mundo árabe del siglo XI no vacilan en reconocer su deuda con el mundo indio:

“Entre las naciones del mundo, a lo largo del paso de los siglos y en el transcurrir del tiempo, India fue conocida como una auténtica mina de sabiduría y como una fuente de justicia y de buen gobierno. Los indios han sido considerados como individuos que hacen gala de un intelecto excelente, de ideas elevadas, de principios universales, de raras invenciones y talentos maravillosos (...). Han estudiado la aritmética y la astronomía. Han adquirido también unos conocimientos abundantes sobre el movimiento de las estrellas, los secretos de la esfera celestial y también sobre las distintas sutilezas de la ciencia de las matemáticas. Por otra parte de entre todos los pueblos son los más eruditos en la ciencia de la medicina y poseen un profundo conocimiento de las propiedades de las plantas medicinales, de la naturaleza de los elementos compuestos y de las peculiaridades de las cosas existentes”.

Esta imagen de la India del conocimiento, y no sólo del espíritu, que penetró en Europa gracias a la transmisión del Islam llegaría hasta la Ilustración europea y es la que anima a Voltaire cuando considera a la India como la cuna de la civilización humana. Voltaire sorprende por su modernidad al proponer la imagen de una India ilustrada a la que debemos la invención de los números, del ajedrez y de las fábulas didácticas. Posteriormente en los siglos XIX y XX Europa descubriría también el alto grado de sofisticación de las ciencias lingüísticas indias. La fonética y el análisis morfosintáctico de la lingüística moderna occidental deben sus fundamentos a principios científicos descubiertos por los gramáticos sánscritos en el primer milenio a.J. En la segunda mitad del siglo XX los lingüistas occidentales descubrieron las

propiedades generativas y computacionales de la gramática de Pánini, lo que les ayudó a comprender mejor sus propias teorías lingüísticas. Conceptos como el de sufijo cero, regla contextual o la distinción entre caso morfológico y caso abstracto, que en la lingüística occidental se han comenzado a utilizar solo en el siglo XX, eran ya conocidos en la India en el 400 a.J. Los gramáticos occidentales no pudieron entender estos aspectos de la gramática sánscrita en el siglo XIX por el simple hecho de que no podían ni siquiera sospechar su existencia. Lingüistas de la talla de L. Bloomfield no dudaron en afirmar que la gramática de Pánini es una de los grandes monumentos de la inteligencia humana.

No es pues de extrañar que hoy en día la India esté asombrando al mundo con una legión de científicos: médicos, físicos, matemáticos, ingenieros, informáticos. La India está tan sólo aplicando su genio secular al campo de la ciencia moderna y está consiguiendo la misma excelencia que logró en la antigüedad. Por eso es tan importante para la India no cortar los vínculos con su pasado. En esto reside la consistencia a largo plazo de una civilización. La riqueza de la tradición india no es un estorbo para el progreso, sino que es el cimiento en el que se basa su actual excelencia. Como hemos afirmado al inicio la prevalencia de la doble imagen de una india mística y miserable es lo que hace que mucha gente quedé asombrada ante esta irrupción de la India en el mundo de las nuevas tecnologías. La raíz de este asombro se afianza en el terreno resbaladizo de la falta de memoria histórica, tan común en la cultura moderna de Occidente.

La imagen de la India de la pobreza y el atraso es una imagen típica del siglo XIX. Diversos factores se dan la mano para ir configurando una estampa de la India que tendrá mucha fuerza a lo largo del siglo XX y que todavía perdura, aunque está empezando a ser cuestionada. El colonialismo, sin duda alguna, tiene mucho que ver con la construcción de esta imagen, pero también la Revolución Industrial, que modifica el concepto de riqueza, y la idea de progreso que alterará fundamentalmente la forma de ver el mundo y las relaciones entre lo que llamamos modernidad y tradición. El siglo XIX es especialmente fecundo en imágenes negativas de la India. Junto con la de la pobreza se habla también de los despotismos orientales y de la explotación asiática basada en la desigualdad intrínseca de sus ciudadanos. Una vez más el descubrimiento de las llamadas “repúblicas indias” de los siglos anteriores a la era cristiana hace pensar que quizás la historia de la democracia no debería tan sólo circunscribirse al mundo helénico.

De hecho, la India posee también una larga tradición de humanismo que se inicia ya con las upanishads, sigue con la aparición del jainismo y del budismo, continua en los movimientos devocionales que postulan la igualdad básica del ser humano y culmina en el siglo XX con la figura de Gandhi y su adaptación política de la doctrina de la no-violencia (ahimsa), concepto de antigüedad védica. El conocido emperador Ashoka fue sin duda alguna uno de los primeros monarcas en renunciar al uso de la fuerza como medio de conquista y en propugnar una alianza de reinos aliados en el vínculo común del dharma. Poca gente conoce, por otro lado, que uno de los primeros alegatos contra la pena de muerte se encuentra ya en el Mahabharata, texto en que el encontramos

muchas críticas contra cualquier forma de crueldad, sea de acto o de palabra. Olvidamos que en textos tan brahmánicos como el Vishnupurana se habla de la importancia de la mujer y del proletariado (shudra) en la edad actual.

Si queremos que la globalización sea realmente un encuentro de culturas en condiciones de igualdad, sin que ello signifique la renuncia a la diversidad, es necesario que Occidente se desembarace de la idea de que los derechos humanos y los ideales de igualdad, democracia y libertad son un monopolio exclusivo de Occidente. Es esta una de las grandes falacias que todavía perduran en la mente occidental: la verdadera religión de occidente es la igualdad y la democracia, mientras que las otras culturas sólo ofrecen modelos culturales que encubren formas más o menos veladas de fanatismo, superstición, explotación, atraso y fundamentalismo. Convendría construir un humanismo global que incluyese los elementos más compasivos de todas las culturas. La tradición india puede contribuir en gran medida a deshacer esta falsa noción, aunque para ello sea necesario rescatar esos elementos humanistas del gran tejido cultural de la India.